



Julián Sancha
Siluetas

2ª edición

Colección DRelatos

Ediciones En Huida

© De los textos: Julián Sancha
© Del prólogo: Marina Casado
© De la fotografía de la portada: Víctor Sancha
Maquetación: Martín Lucía
Coordinador editorial: Ediciones En Huida
ISBN: 978-84-17502-72-0
Depósito Legal: SE 793-2019

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro, al igual que su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, reprográfico, gramofónico u otro, sin el permiso previo y por escrito de los editores.

Contacte y haga su pedido (sin gastos de envío):
ventas@edicionesenhuida.es

Siluetas

Julián Sancha

Ediciones En Huida

Colección D-Relatos

Número 15

2ª edición

Siluetas

Julián Sancha

A los que están y a los que faltan, vivos o muertos,
pues soy la suma de todos ellos.

DONDE LA REALIDAD SE DIFUMINA

«La realidad no es nunca lo suficientemente amplia y diversa para que ella nos baste por sí sola. Es necesario ese margen misterioso, de vagas luces y vagas sombras, delicado, exigente y voraz, que la imaginación proporciona.»

Luis CERNUDA

Estas palabras de Cernuda, extraídas de su maravillosa «Carta a Lafcadio Wlikie» —un personaje idolatrado de la obra *Les caves du Vatican*, de André Gide—, constituyen el perfecto prelude para perfilar las *Siluetas* de Julián Sancha, de las que no podemos afirmar que sean entes sólidos ni espirituales, sino manchas sutiles, a medio camino entre la realidad y lo soñado, construidas en un acuerdo establecido entre el autor y los lectores. Por eso, las «siluetas» no poseen una forma exacta, sino cambiante, dependiente de su intérprete. De ese modo, la maniobra propuesta por el autor se convierte en un juego de espejos en el que las historias presentadas guardan algo —o mucho— de sus creadores. Como en la narrativa de Cortázar, en esa creación intervenimos todos: se exige una participación activa del lector.

La estructura de la obra se compone a modo de red, con once relatos, las «siluetas», entre las cuales encontramos otros textos que las acompañan y completan: breves reflexiones del autor sobre el mundo que lo rodea, nacidas a partir de películas, libros, instantes o recuerdos. El escritor, que no puede ocultar su condición, disecciona concienzudamente su universo a través del filtro sereno del observador, con la luz sugestiva

y crepuscular del poeta. Reflexiona desde la distancia, pero sin alejarse del tiempo que le ha tocado vivir. Entre una variada serie de cuestiones —la familia, la muerte, la incertidumbre—, se alzan dos grandes temas universales: el amor y la literatura. El primero no podría entenderse sin el segundo y viceversa.

Las siluetas se desarrollan en esa dimensión invisible entre realidad e irrealidad a la que no alcanza la linterna de la razón. Esta idea se refleja perfectamente en «Autobús a ninguna parte», uno de los relatos más elaborados, en mi opinión, encajado en una simetría perfecta en la que el amor se confunde con la literatura, que es metaliteratura —toda la obra, en realidad, resulta una reflexión metaliteraria—. Sobre esos dos grandes ejes temáticos, amor y literatura, el autor se arriesga a reflexionar acerca de cuestiones como la muerte —con el feroz planteamiento de «Merlín, Merlina y la muerte»—, la guerra —«Un hombre herido, tocado, casi muerto»—, la religión —«Adán y el café»— o la violencia machista —«Infortunio».

A partir de cada cuento o reflexión, los lectores vamos conociendo quién es Julián Sancha, con sus diferentes facetas: el Julián filólogo, que se pregunta por la diferencia entre «luminoso» e «iluminado»; el viajero, que se maravilla al regresar a su Cádiz natal como si entrara en él por vez primera; incluso el hermano, el nieto. También está presente su dimensión más académica, reflejada en las numerosas citas y referencias de literatos y filósofos, desde Zygmunt Bauman —con su teoría del «amor líquido»— hasta Milan Kundera, pasando por Borges, Nietzsche, Juan Ramón Jiménez, Nikola Madzirov... La voz del autor y la de los personajes comparten ese hondo bagaje cultural, una intelectualidad en absoluto impostada que surge de repente en conversaciones informales que acaban convirtiéndose en profundos debates, como aquel sobre la existencia de Dios mantenido por los hermanos Adán y Eva. En este punto, me gustaría

señalar la importancia de los nombres a lo largo de *Siluetas*, que no son elegidos al azar, sino que responden a una cuidadosa planificación dentro de la que constituyen una respuesta, incluso *la respuesta*, como es el caso de la cuarta silueta, «La felicidad de Laima». En otras ocasiones, trazan caminos alternativos para el lector, redes de conexiones que amplían la significación de los relatos y los convierten en partes de un todo, con un recurso en apariencia tan sencillo y casual como es la repetición de un nombre, «Denis», en dos siluetas consecutivas.

En *Siluetas*, no existen apenas las casualidades: el autor es consciente de cada recoveco y esquina, lo perfila suavemente, con una sutileza casi lírica, la misma que refleja la enigmática madre de Lucinda en «Infortunio», con su evanescente llegada al lugar del «accidente». El autor jamás ofrece una solución clara, sólida —¿cuál es el misterio que envuelve el disparo final en esta mencionada silueta?—, sino que el lector debe hallar las respuestas en senderos nublados y, como advertía al comienzo, dichas respuestas nunca son las mismas. No existe el blanco o el negro; las historias presentadas en esta obra se visten de distintas tonalidades dentro de la escala de los grises.

El lector avanza de forma fluida por estos traslúcidos caminos gracias a un estilo narrativo impecable, ameno, con la dosis exacta de diálogos y descripciones. Alcanzamos el final del libro casi sin percatarnos, hambrientos de nuevas siluetas, de nuevas maneras de distraer a la realidad durante unos instantes o unas horas. La ópera prima de Julián Sancha constituye, sin duda, un homenaje al amor por la literatura, pero también a las personas imaginativas, a los idealistas, a aquellos que siempre nos hemos sentido a la deriva entre la realidad y la ficción. Un detalle aparentemente insignificante, tal vez inconsciente, es la predominancia a lo largo de la obra de los personajes de ojos azules. Azul es el color del ensueño, de la espiritualidad. Lo hallamos en los iris de Jissam Hereiske, el misterio-

so anciano ermitaño de la octava silueta, la más reveladora, quizás, de la esencia del libro. Una tiene la impresión, al leerla, de que Jissam se erige como el inventor de cada una de las siluetas, aunque él mismo sea un ente de ficción creado por Julián Sancha; del mismo modo que asistimos en *Niebla* al encuentro final entre el desdichado protagonista, Augusto Pérez, y su creador, Miguel de Unamuno, que realmente es otro personaje inventado por el propio Unamuno. *Siluetas* podría leerse también, de ese modo, como una «nivola» unamuniana o una matrioska.

Finalmente, las interpretaciones que yo humildemente pueda extraer continúan envueltas en un interrogante, porque no soy más que otra lectora. Y he ahí una de las claves más bonitas de este libro, de este conjunto de siluetas que componen una más grande, más etérea, que «existe [...]», solo que no es visible para mentes racionales, útiles o poco imaginativas». Internémonos, pues, por los senderos de humo que se nos ofrecen, sin pensar en el regreso.

Marina CASADO

Escritora y Doctora en Literatura Española

Madrid, julio de 2019

La escritura

Uno escribe desde la intuición de algo insondable, como el amante que se desnuda en un poema sin destino. Hay figuras que se sueñan y otras que se nos presentan delante de los ojos, pero nada de esto nos dice que estemos en lo cierto. Todo lo que vivimos o incluso lo que leemos tiene un eco más allá de lo expresable. El lenguaje, además, no ayuda, ni siquiera nos acerca a la verdad, tarea última de la poesía o la belleza.

Siluetas podría ser un conjunto orgánico de historias, un cuadro pintado del revés donde el amor y la muerte, la sangre, los delirios y la imaginación componen alguna clase de épica. A veces, elementos cotidianos se transforman en algo mágico y la existencia, siempre sorprendente, nos aviva con la idea de un nuevo aroma, con algo fantástico que surge como una sombra lentamente por detrás de la puerta. Atisbamos las formas de la realidad pero nunca, de manera absoluta, llegamos a alcanzarla: esta se nos escapa en el sencillo instante en que la mencionamos o intentamos definirla, en cuanto nos atrevemos a ponerle cotas. Las siluetas son la máxima expresión de nuestras incertidumbres. Lo que es real y lo que deja de serlo no es solo una reflexión filosófica, sino el origen o la génesis de toda escritura. Asimismo, para el que escribe estas letras es inseparable el ejercicio de escribir con el hecho mismo de crear algo que se eleva por encima de la hoja en blanco, algo que toma su propia vida y, más allá de las siluetas, se adentra en los cuerpos de personas y mundos todavía descono-

cidos para la mayoría de nosotros. Estas pequeñas ficciones concentran y condensan una serie de terrores e imaginaciones que versan sobre la vida y la muerte, sin dejar nunca claro el fin de la línea, la interpretación última del lector que aguarda.

La vida es un error

Querida Carmen:

La vida duele porque la vida es un error, un error amargo y maravilloso como arrancado de los cielos por un dios inocente. Desde el primer átomo del mundo hasta el último, desde las bacterias hasta nosotros mismos, los seres humanos, pasando por los elefantes, las jirafas, los virus, los objetos, los vivos y los muertos, todo lo que pertenece a este condenado universo proviene de un mismo intento, de unas mutaciones, de una evolución torpe, constante y perezosa, del abrazo de Gaia y de la ola imparabla que es al fin y al cabo la existencia. De ahí partimos también tú y yo, incluso nuestros deslices, los errores inconfesables, las lágrimas que nos avergonzaría que cualquiera viera, también los golpes que como metáforas parásitas se pegan a nuestro pecho y nos arracan un pedazo de algo que pensamos que ya no volveremos a conocer nunca.

Nos humillan y nos humillamos, salimos a flote y volvemos a ver alguna oscura nube que rompe nuestra esperanza, ¿pero sabes qué? El secreto de la vida está más allá de todo eso. Porque todo es un aprendizaje, hasta el hecho de ver morir a los que amamos y entender que algún día todos pasaremos por ese trance. Así como está más allá de la enfermedad de un abuelo al que amamos, de un joven deprimido por la situación laboral o de unos padres nostálgicos que tienen que ver cómo su hijo se exilia. La fuerza del universo es algo que se levanta por encima de cualquier desgracia, que solo en algunos momentos concretos somos capaces de en-

tender: algo que no conoce ni el bien ni el mal, ni la oscuridad ni la luz, ni la bondad o la maldad, sino que todo lo agrupa, que todo lo condensa y lo explica. Nos dejan plantados en medio de una acera aquellos en los que a veces más habíamos creído, pensando erróneamente el poco valor que entonces habríamos tenido. Nos abandonan y nos abandonamos, pero también aprendemos un día a valorar todo lo que ya hemos hecho y hemos sido, todo lo que nos pertenece, lo que nunca, de ninguna diabla manera, nos podrán robar: el aprendizaje de todas las caídas, los golpes, los llantos, las ilusiones, las esperanzas, las promesas con perfume y absolutamente todo lo que nuestros afortunados ojos han visto.

Hay, sin embargo, una idea que siempre triunfa, a pesar de todo, a pesar de la caída irrefrenable de las cosas y la flecha del tiempo, de los fracasos, de las situaciones ajenas a nuestros impulsos que no podemos ni siquiera gobernar. Y esa, hermanita, es la idea del amor, el amor que está en todo, no solo en una persona o en un recuerdo. El amor que mueve los cielos, las montañas y el mundo, el amor que hace que todo tenga un mismo sentido, que no exista lo observado porque ya no hay observador, el amor que hace entender incluso las más terribles miserias y que da finalmente el único sentido que posee la vida, el que nos pertenece, el que nos incluye y nos abraza al tiempo que nos devora. Sé que a veces no estamos dispuestos a verlo, que ciertos desengaños nos ciegan y que el cerebro, pesimista por naturaleza, nos intenta tirar hacia esa arena movediza que es la desesperanza. Pero es falso: siempre, siempre, el amor triunfa, en muy diferentes formas, porque es la única razón por la que todavía estamos vivos.

Me hubiera gustado contarte todo esto antes pero no habíamos tenido tiempo, o quizá todavía la experiencia no nos había colocado en el momento y el lugar adecuados para que pudieras recibir esta carta de tu

hermano mayor, que siempre, a pesar de las muchas y muy ajenas circunstancias, estuvo y estará contigo, que te ama. Te escribo esto un día antes de comenzar un nuevo año. Me parece que es la ocasión más adecuada para celebrar todo lo que hasta ahora hemos conseguido. Recuérdalo siempre: en el precipicio de todo lo que aún no vimos, permanecen escondidas maravillas innumerables.

La capacidad de amar

Tiene ahora todas las cosas que ha conseguido frente a frente: incontables papeles al lado de valiosos conocimientos, algunos logros a los que se les debería presuponer el orgullo. ¡Cuántos años, cuántos esfuerzos, cuántas altas esferas alcanzadas!... Sin embargo, nada de esto importa. Le parece que podría arrojárselo todo al fuego y seguiría siendo feliz. Porque, como dijo Kavafis, el poeta griego, lo que importa cuando se cierra la aventura y el viaje nunca es el destino, nunca es la vuelta a casa; es, en cambio, *cómo* hemos vuelto a casa, *cómo* hemos cambiado, qué experiencias alcanzamos y *cómo* estas nos convirtieron en algo más *real*. Porque al final, repito palabras de algún sabio, lo único que realmente importa es la capacidad para amar: la capacidad para amarnos en el tren, en la calle, con la cara tapada y con los ojos bien abiertos, en frente de la guerra y del horror, al borde del abismo; amarnos sin contemplaciones, desnudos de cualquier prejuicio; amarnos desde el desconocimiento o en el odio; amarnos incluso muertos, desvalidos o abandonados. Amar como única forma de horizonte humano en la sangrienta línea de lo que significa nuestra existencia.

Despedidas

Siempre es un momento extraño el despedir a alguien, no saber siquiera si se concederá un regreso. Hay una nostalgia extraña de algo que ha perdido, aunque es bello todo lo que queda o nos asoma a tal abismo. Esta persona se marcha y es curioso observar el espacio que se transforma alrededor: cómo, casi sin darse cuenta, esta persona había creado algunas imbricaciones en su mundo. Hay una grieta donde permanece un vacío. La necesidad o alguna ausencia. Sin embargo, es bello, porque significa que nunca morimos, que siempre queda algo, aunque sea simplemente una cama vacía.